

La representación de España en la poesía filipina en castellano de la época de ocupación americana: idealización, exotización y diferenciación

ROCÍO ORTUÑO CASANOVA

UNIVERSIDAD DE FILIPINAS, DILIMAN

I. Héroes de la patria y poesía en español

Cayó en mis manos hace unos meses un manual de la antigua asignatura obligatoria “Español 4N” editado en 1981 con la siguiente dedicatoria: “*In Loving dedication to His Excellency President Ferdinand E. Marcos Who restored to the Filipino his national pride*” (Calilung y Soriano v). El libro en cuestión atendía al sugerente título de *Easy Lessons in Nacionalism (Selected Writings)* y contenía, además de varias arengas apreciativas hacia Ferdinand e Imelda Marcos en inglés, las biografías de grandes figuras del nacionalismo filipino y una selección de textos literarios en español dirigidos a inflamar de orgullo patrio las almas de los estudiantes de los años ochenta. A saber: las biografías de “Los Héroes destacados y los estadistas de renombre” incluían a José Rizal (campeón del nacionalismo), Apolinario Mabini (el cerebro de la revolución), Marcelo Hilario del Pilar (evangelista del espíritu del nacionalismo), el sacerdote José Burgos, Graciano López Jaena, Claro Mayo Recto, Pedro Alejandro Paterno y Epifanio de los Santos, entre algunos otros. (Calilung y Soriano vi – vii). Estos eran héroes del nacionalismo filipino y escritores en español que continuaron usando esta lengua como lengua de resistencia contra el invasor estadounidense en textos como “Al yankee” compuesto en 1899 por Cecilio Apóstol, que clamaba:

¡Jamás! Cuando la fuerza
con la traición y la injusticia pacta,
para aplastar los fueros,
los sacrosantos fueros de una raza;

.....

No es posible callar: la Patria opresa
protestará indignada,
y en el pecho traidor del enemigo
esconderá el puñal de su venganza. (73-74)

¿No sería quizás lógico atribuir las mismas atrocidades contra la patria filipina a los españoles que a los yankees a los que increpa el texto en castellano? ¿No protestó indignada la “patria opresa” del verso 13 contra el invasor hispano? ¿No intentaron aquellos conquistadores también aplastar los “sacrosantos fueros de una raza” del verso 14? ¿Qué relación de amor–odio se mantuvo con la expotencia colonizadora para que su lengua fuera vehículo de odas al tagalo¹ y amenazas al nuevo invasor?

Una de las muchas respuestas posibles nos las da Gémino Abad, aclamado escritor en inglés e hijo de Antonio Abad, uno de los fundadores del departamento de español de la Universidad de Filipinas. El profesor Abad afirma, en la introducción a *Filipino Poetry and Verse from English since the '50s to the Present*, lo siguiente: !If language fixes the forms of the world we inhabit and forges there our sense of our own native reality, then it can be said that through Spanish and English as we had adopted them to our purposes, we have in fact shaped our Filipino consciousness with much the same force as through our own native tongues! (9). La lengua española era en las primeras décadas del siglo XX una lengua filipina, ya que lo español había pasado a formar parte de la gran ¿mezcla? ¿riqueza? ¿diversidad? cultural que conforma la tan buscada identidad filipina. En la misma dirección apuntan los profesores de la misma universidad Wytan de la Peña, en su artículo “The Spanish-English Language War”, y Jean Auguste Dominique Monsod, quien añade específicamente razones para el uso del español como lengua de resistencia frente al inglés, basándose en el libro de Edward Said *Culture and Imperialism* (13). Afirma que fue precisamente de los españoles de los que los filipinos tomaron las ideas de resistencia y libertad, siendo por tanto lógico en parte el uso del castellano como herramienta de resistencia frente al inglés. Sin embargo, además de todo esto, debemos tener en cuenta que la mayor parte de los héroes nacionales son “nacionalistas ilustrados”, pertenecientes a una élite social burguesa, educados en instituciones españolas e incluso algunos formados en España. Se crea a partir de aquí una dicotomía similar a la que describe Frantz Fanon en su clásico libro sobre el poscolonialismo francés *Peau noire, masques blancs*. Afirma el escritor martiniquense que un pueblo colonizado alberga cierto sentimiento de inferioridad “a consecuencia del enterramiento de la originalidad de la cultura local” (15). Continúa Fanon afirmando que en las Antillas francesas “las clases dominantes negras con sentimiento de inferioridad, intentan vestirse de europeos y portarse como tales para conseguir sentirse en igualdad respecto al europeo” (21).

Parte de esta situación sería extrapolable a los escritores filipinos que nos ocupan. Atrapados entre la resaca poscolonial española, la lucha por la defensa de su independencia ante el nuevo invasor y la construcción de una identidad que una las diferentes culturas regionales destacando la similitud entre ellas y la diferencia respecto al invasor americano, la solución a esta ecuación para los autores que tratamos es el mestizaje: el español es hasta el siglo XX la única lengua franca entre las diferentes culturas filipinas. Asimismo, la construcción de una identidad filipina común pasa por la visión del filipino como híbrido, parte indígena (de cualquiera de las etnias del archipiélago, pero mayormente malayo), parte hispano, si no genéticamente (que en ocasiones también lo es), culturalmente. Este factor, unido al hecho de que los escritores, que a menudo doblan como representantes políticos, forman parte de una clase dominante burguesa que intenta mantener su prestigio social ante la fuerza homogeneizadora de EEUU, genera una serie de poemas sobre la “Madre patria española” que aparecen en volúmenes junto a otros exaltadores de la patria filipina. Isaac Donoso ya apunta lo extendido de este tema entre los modernistas filipinos en su artículo “Crónica de Filipinas en la poesía de Zoilo Hilario”, en el que precisamente les atribuye esta función y voluntad de construcción nacional:

“Canto a mi patria” expone uno de los temas principales de la literatura filipina durante la primera mitad del siglo XX: la exaltación de la cultura hispánica. La respuesta al porqué de este tema es clara: si Estados Unidos había abortado la República de Filipinas e impuesto un régimen colonial a su imagen y semejanza, el intelectual filipino se rebela invocando su propia civilización y el origen de su nacionalidad. España, la lengua española y la cultura hispánica serán temas constantes que exaltan una identidad filipina en oposición a la imposición anglosajona. (216)

La representación que se hace de España en estos poemas, será pues fundamental para comprender todas estas tensiones y pugnas de poder e intentos de construcción identitaria.

II. La representación de España

Stuart Hall, en su obra *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices* (13-74), habla de la representación como la producción e intercambio de “sentido” entre los miembros de una cultura por medio del lenguaje, reconociendo que de esta manera se crea significado y se reflejan además ideas comunes a un colectivo cultural. Por ejemplo, veremos que es muy normal hablar de España como “madre” entre los autores de este

tiempo. Esta idea no está en la realidad de España en sí, que es un país en el extremo oeste del Mar Mediterráneo. Al decir esto también estoy creando significado y apelando a ideas asentadas en mi comunidad cultural, al ubicar el país en un continente y zona cultural y no otra: podría haber dicho que es un país que está al este del Atlántico, al sur de Europa o en el Norte de África, pero es una idea compartida por un grupo de población que ha estado durante años bajo la “tutela” de este país. Y aquí también estamos creando significado, al decir la “tutela” en lugar de decir, por ejemplo “dominio” o “que ha sido súbdito”. La representación de España, de una manera u otra, reflejará, por un lado, una corriente de pensamiento, una serie de conocimientos culturales compartidos, y por otro, construirá significado y orientará la opinión de los lectores en un sentido determinado.

Para estudiar esta representación, he seleccionado textos escritos en la primera parte de la colonización americana hasta 1935, cuando se empieza a gestar la idea de proponer un idioma nacional como lengua franca del país, lo que desembocaría en la declaración del tagalo en 1937 como lengua oficial de Filipinas. Son poemas de Claro Mayo Recto, Manuel Bernabé, Cecilio Apóstol, Fernando María Guerrero, Evangelina Guerrero y Jesús Balmori, ejemplos paradigmáticos de personas con papeles relevantes en la cultura y la política durante el periodo americano y que además suelen tener también poemas exaltadores de su patria y de su independencia. La muestra es suficientemente amplia como para evidenciar ciertas tendencias, y dadas las limitaciones de espacio, imponemos las limitaciones de género a la poesía.

La representación de España en estos textos se da fundamentalmente por medio de seis elementos: cinco que ponen en relación a Filipinas con España y uno que compara España a Estados Unidos. Estos elementos configuran un discurso elitista de acercamiento al país excolonizador y que ayudarán a comprender la compleja relación sentimental de Filipinas con España.

El primer elemento común a múltiples poemas de la época sería la unión de almas entre España y Filipinas. La imagen aparece, por ejemplo, en el poema “Canto a España” de Jesús Balmori (Martín de la Cámara 578-81): “¡Oh, España! ¡Porque en tu alma nos enlazas, / que te troven su amor todas las razas!” (vv. 30-31). Ciertamente es que la primera impresión es de unión: a pesar de que la colonización ha quedado en el pasado en el momento de escritura del poema, el alma filipina y la española han quedado “enlazadas”. Sin embargo, también aparece la realidad de la “separación” o “independencia” de ambas almas, que aparecerá también en el resto de poemas: la filipina y la española son dos almas

unidas, pero dos almas independientes, no una misma alma. Hay un reconocimiento de la separación ontológica entre ambas naciones y ambas “razas”, término en el que también se suele incidir, destacando la diferencia entre una y otra nación, fundamental en el proceso de formación de la identidad filipina que está en ciernes. La misma imagen encontramos en el poema “Filipinas a España” de Manuel Bernabé (3): en la primera estrofa se menciona la separación necesaria de ambos países “ya es la hora de romper el lazo/ que nos unió tres siglos” (vv. 5-6), para luego hacer hincapié en la unión de las almas, esta vez refiriéndose a los independentistas filipinos, que forjan un alma filipina diferente de la española si bien unida a ella:

Rizal, Mabini, Del Rosario y Luna
Son vástagos comunes...

.....

Si yo les di mi maternal entraña,
No empresa mía fue, sino de España,
Fundir el alma en su troquel bendito. (6, vv. 79-80, 82-84)

Y una imagen similar encontramos en el poema “A España” de Evangelina E. Guerrero, en unos versos que se repiten dos veces en la composición, “Hoy a ti me aproximo, cogida al lazo que une/ a la tuya nuestra alma” (16, vv. 5-6), lo que nos devuelve a la idea presentada anteriormente de la necesidad de construcción de una identidad nacional que reconozca lo hispano como elemento unificador, pero destaque la independencia de este.

La unión de almas toma a veces la forma más tangible y mítica de la unión de sangres de Legazpi y el Rajáh Sulaymán en el siglo XVI como inicio de la colonización española y declaración simbólica de intenciones, y también como diferenciación de razas, de componentes en una misma identidad. Aparece en el poema de de Cecilio Apóstol “A España imperialista”: “sabemos que, al principio, para pactar su alianza, / juntaron y bebieron, a la nativa usanza, / sus sangres, en un vaso, Legazpi y el Rajáh (170 vv. 36-40). Apóstol resalta las diferencias fisonómicas entre el filipino y el español, pero por oposición la mezcla de sangres como elemento de la alianza entre dos entes distintos. También aparece en el poema “Blasón” de Jesús Balmori: “mi corazón es vaso donde mezclada está/ la sangre de Legazpi, el capitán hispano/ con la sangre tagala de la hija del Rajah” (25, vv.1-4).

En segundo lugar, como segundo elemento español, aparecen la lengua y la religión como herencia, vínculo de unión de todo el pueblo y principales aportaciones de España a la identidad filipina en ciernes. Estos elementos son ya filipinos, aunque procedan de España, como al principio indicaba Gémino Abad que ocurría con la lengua. Sí que se observa un reconocimiento a España por aportarlos a la identidad filipina. Dichos elementos, además, sirven para distinguir la identidad filipina de la estadounidense, en esa resistencia cultural que se está llevando a cabo contra la nueva ocupación. Así, como herencia favorita hispana, aparecen lengua y religión en el poema “La fuerte caución” de Fernando María Guerrero:

Con que nos quede el habla que nos diste
 Con la Espada y la Cruz de tu Aventura
 Habremos siempre en nuestro Hogar aún triste
 De tu gloria total la flor más pura
 (“Aves y flores” 212)

El poema está dedicado a Hesperia, o el jardín de las Hespérides, el lugar de la mitología griega que sería en bondades equivalente al Edén cristiano, y en el que habitaban las tres ninfas del ocaso. Algunos autores clásicos situaron el jardín al sur de Iberia. El efecto de referirse a España como Hesperia, el misterioso Edén de occidente por donde se pone el sol, en oposición al oriente del sol naciente, tiene ya de por sí un significativo efecto alabador y encaja con la estética modernista de Guerrero. Por otro lado, habla en segunda persona a España de la herencia que ha dejado, precisamente el habla y la cruz. También aparecen ambos elementos en el ya mencionado poema “Filipinas a España” de Manuel Bernabé, que reconoce la labor evangelizadora de la colonización al hablar de “la esencia vital de las Españas/ que al invadir palacios y cabañas, / prestó eficacia al ideal cristiano” (3) y al afirmar que fue ella “quien sembró fe en la individual conciencia/ decoro en la mujer, que es otra herencia/ luz en las mentes y oro en el camino” (3). Aún en el mismo poema loa también la lengua española, recordemos, lengua de resistencia frente al inglés: “Y aun late en el cantar de mis troveros/ La dulcísima lengua de Cervantes. / ¡Oh rica fabla espiritual!...” (3) Incluso se insinúa al hablar de la “fabla espiritual” cierta comunión entre lenguaje y religión que volveremos a ver en otros poemas como el soneto “Blasón” de Balmori, que se refiere en el último verso hablando de España a “su idioma divino y su sangre inmortal” (100 v. 14), o en “Elogio del Castellano” de Recto, que comienza

llamando a la lengua española “arca santa inviolable de la raza” (Recto *The Complete Works* 287)².

Los adjetivos “espiritual”, “divino” y “santa” al hablar de la lengua nos hacen pensar en cierta identificación inicial entre ambos elementos como sinécdoque de España: la religión cristiana llegó en castellano, la mayoría de religiosos que llegaron a tierras filipinas eran españoles y en el imaginario popular la lengua española se identifica con el catolicismo. Ambos elementos, insisto, son parte ya de la identidad filipina, como seguimos viendo en el poema de Recto, que al referirse a aquellos que anuncian que el español desaparecerá de Filipinas advierte: “... Quien lo pretenda/ ignora que el castillo de mi raza/ es de bloques que dieron tus canteras” (Recto, *The Complete Works* 290).

El tercer elemento consiste en la idealización de la historia de España. Paradójicamente, se canta de forma admirativa al imperialismo, las conquistas y las gestas gloriosas como origen de la vinculación entre ambos pueblos, España y Filipinas, y también con las naciones latinoamericanas. Se aprecia el pasado y hay cierta actitud de consolación hacia España tras la independencia. Podemos apreciar ambas actitudes, aprecio y consolación, en “A España imperialista” de Cecilio Apóstol. Cuando en la tercera estrofa del poema se afirma “España: está en el mundo tu alta misión fijada;/en sueños de conquista tu acción total se inspira; . . . Ayer fundaste reinos por medio de la espada. / Hoy vuelves a ganarlos por medio de la lira” (169). La admiración o adulación a España es evidente y sorprendente. El poema se compone con motivo de la visita de Salvador Rueda a España como embajador cultural. A partir de este evento se confecciona un volumen de creaciones de diferentes autores, entre ellos Cecilio Apóstol, alabando hiperbólicamente a un país contra el que se rebelaron hacía menos de veinte años. De esta manera habla positivamente de los sueños de conquista y la fundación de reinos que continúa en la estrofa quinta: “Yo admiro el alto vuelo de tu ideal conquista/ que, alzándose del lodo de la mortal miseria/abarca el mundo hispano con ojo imperialista” (170).

Resulta en contexto, como decíamos, como mínimo sorprendente la alabanza al imperio que tanto se había criticado. Sin embargo, es algo común el distinguir la patria española de las acciones y gestión de los españoles en Filipinas. Cuando el héroe indiscutible del filipinismo es para todos estos escritores José Rizal, que criticó la gestión española en el archipiélago, en 1929 Manuel Bernabé se pregunta: “¿Cómo no amar tu gesta no igualada, / Si en las fronteras que humilló tu espada, / El gran disco del sol no se ponía?” (4) Balmori por su parte, elige destacar en la estrofa primera de “Canto a España”

la supuesta generosidad que ejerció España con sus colonias, en una extraña admiración y empatía con ella. En la estrofa tercera del mismo poema Balmori se dedica a consolar a España por la pérdida de las colonias apelando que, a pesar de su independencia ambos países, siguen teniendo la misma esencia:

¿Qué te importa que en tierras del Oriente
coronaran de abrojos la tu frente?
¿Qué el que las Américas en coro
se desprendieran todas de tus brazos?
¡Un anillo de oro hecho pedazos
ya no es anillo, pero siempre es oro!
(Martín de la Cámara 52)

Una actitud similar apreciamos en Fernando María Guerrero, quien, en “La fuerte caución”, desautoriza a los que vaticinan la desaparición del español en el archipiélago filipino en una exhortación en segunda persona, mostrando empatía con la nación injuriada como si de un agravio de patio de recreo se tratara: “pero riéte de ellos pues la Historia / Te otorga en sus capítulos de gloria / Justa prioridad de tiempo y lengua” (*Aves y flores* 212, vv.12-14), consolando otra vez a España por la eliminación de la herencia colonial. En general, la actitud de elusión del conflicto previo y casi agradecimiento y elogio por las gestas conseguidas, incluso siendo a pesar de la historia filipina, denotan una superación o afán de superación del conflicto, o quizás cierta nostalgia por parte de algunas clases sociales del dominio español frente al norteamericano, como también aparece en algunos escritos latinoamericanos. Hablaremos de ello un poco más adelante.

Finalmente, la idea de una España de la que Filipinas se ha separado sin detrimento de su admiración y respeto hacia ella se hace más evidente aun en la representación de España como Madre de Filipinas. Incluso Rafael Palma, crítico en sus artículos con España y fiero defensor de la independencia y de la capacidad de autogobierno de Filipinas, refleja esta imagen de maternidad tras la independencia al hablar de España como “Matrona decrepita, con su velo de santa y su conciencia timorata no ha podido legarnos más que esa educación ficticia que nos llena de cosas de cielo la cabeza y nos incapacita, torpes e ígnaros por completo de las cosas del mundo” (127). La imagen de decadencia sigue hablando de una madre, aunque en términos negativos: de las enseñanzas inculcadas y la sobreprotección que incapacita al hijo a la hora de defenderse por sí mismo. Mala madre, pero madre al fin. Una imagen mucho más positiva se da en el resto de los textos que incluimos. Apóstol, en su “Salutación a España Imperialista”, agradece la herencia hispana

en los siguientes términos: “Gracias, oh madre antigua, por el presente regio/ que a la abundancia sumas de tus pasados dones” (vv. 6-7) y ruega en el verso 27 que Filipinas sea aceptado como hijo que ha dejado el nido “abre España al abrazo de sus hijos dispersos”. Por su parte, Bernabé comienza su “Filipinas a España” narrando en tercera persona una emotiva despedida de la hija ya adulta y autosuficiente que quiere hacer su vida lejos de la protección materna, pero sin perder el amor por la madre. Esta visión es quizás la más extendida entre los poetas de aquel tiempo. La idea de la necesidad de seguir sin ser tutelada, agradeciendo lo aportado a la identidad filipina y sin recordar los distanciamientos que eran la norma hacía pocos años. Se presenta España como el pasado tranquilo y próspero para ciertas élites frente al futuro ruidoso y moderno. Así lo explica Fernández Lumba en *Hispanofilia filipina*:

Esta hispanofilia filipina es, en unos, efecto de una nostalgia por el ambiente social y cultural en que vivían en los llamados tiempos de España, y , en otros, en aquellos que no fueron alcanzados por tales tiempos, consecuencia de una ilusión quizá que los hace imaginar aquella vida de antaño mejor de lo que era, (...); o también, producto de un temperamento que los hace extraños en nuestra época de ruido y precipitación y, por esto, añoran aquel modo de ser tranquilo y silente que entonces prevalecía. (46)

Balmori por su parte, asegura a España, como madre de sus cachorros, que su influencia sobre ellos volverá, en “Canto a España” (Martín de la Cámara 7-12). La figura maternal ostenta una autoridad cariñosa, no absoluta, como asegura Balmori en el verso 24: “Madre, sí, más que reina, más que dueña”, y Evangelina Guerrero se aferra a ella para que nunca se pierda su herencia: “Madre mía, quisiera sentir siempre el encanto/ De tu idioma glorioso y tu egregia oriflama” (Evangelina Guerrero 17) y la alaba en términos realmente maternales de fuente de consuelo y protección: “Tú sola eres piadosa, tú sola eres la hermana/ De labios enjorjados de palabras de amor” (19).

III. España vs. Estados Unidos: duelo de invasores.

La relación entre España y Filipinas se presenta, pues, de una manera idealizada, reivindicando cierta paridad entre ambas naciones que no fue anteriormente la norma. La Madre España es una imagen femenina y cálida, poco práctica, idealista y muy lejana a la imagen del nuevo invasor, masculino, tirano, los Estados Unidos, centrados en la producción y listos para destruir la belleza. Podemos ver esta dicotomía en los versos de Zoilo Hilario sobre “El tirano” que robó a Filipinas la independencia cuando la tenía en la

punta de los dedos: “Sentado en su Trono de oro, vése el César altanero, / Con un aire de victoria—aire que de orgullo es-- / Creyéndose un Rey eterno con sus triunfos de guerrero” (23).

El afecto que denota la nomenclatura de “madre” es hacia una España femenina y humana, como aparece en el otro poema de Hilario, “Pájaros libertados” y también decadente, lo que atrae empatía y afanes por consolar (47-48). Estados Unidos es inhumano, masculino, fuerte y triunfal, lo cual no atrae tanta simpatía como lo débil. Pero hay otra diferencia comúnmente representada en los poemas de la época. Estados Unidos es práctico, productivo y ajeno al saber humanístico, todo un Sancho, frente a una España quijotesca, loca idealista, valiente, heroica, noble, decadente y de elevados valores morales. España como Don Quijote y Estados Unidos como Sancho es una representación frecuente también entre los autores de la época. Fernando María Guerrero la incluye en su poema “A Hispania”, extendiendo el quijotismo a los “hijos” de la herencia española en Filipinas, que efectivamente se oponen al nuevo invasor o “Sancho”:

Mi raza adoró la gloria del bello idioma español,
Que parlan aún los Quijotes
De esta malaya región,
Donde quieren nuevos Sanchos
Que parlemos el sajón (Crisálidas 72 vv. 86-92)

Pero sin duda, donde mejor aparece esta dicotomía “Quijote–Sancho” es en los poemas enteramente dedicados a estos personajes: el de Manuel Bernabé en “La muerte de Don Quijote” (García Castellón) y el de Jesús Balmori “A Nuestro Señor Don Quijote de la Mancha” (Martín de la Cámara 46), escrito en 1920 y que fue premio Casa España en Manila. En el primero, dándose ya por vencido, Bernabé retrata a un Quijote moribundo que se pliega a los hechos de que su herencia ha de ser anulada por la practicidad de Sancho en el futuro. La dicotomía se manifiesta claramente en las últimas estrofas:

Sancho es el porvenir, bien que nos llama,
Quijote es la ilusión que el alma hiere;
es mariposa que, al tocar la llama,
se ahoga y se muere (García Castellón vv. 45-48)

Lo quijotesco es bello, pero debe superarse. Mientras se reconoce su romanticismo, se le acaba retratando decadente, vivo retrato de esa España postcolonial de las primeras décadas del siglo XX. El poema exhorta a dejar atrás melancolías y mirar hacia delante

siguiendo a Sancho, inculto, práctico, productivo, al que se debe seguir, ya que “del mundo aún el futuro es ancho, / ¡muera el Quijote, el desatino muera!, / y ¡viva Sancho!” (vv.43-44). El contexto de los versos se identifican con el final de la segunda parte del Quijote, en que Don Quijote recupera la cordura y lamenta las locuras cometidas, locuras por otro lado que sirvieron de inspiración universal y representación nacional durante siglos. En este caso el súbito despertar a la lucidez se da en Filipinas. Filipinas como heredera de España es ese Quijote que ha de despertar, el que está aún a tiempo de enmendar su futuro mientras España muere.

La aproximación de Balmori es completamente diferente. Aunque Don Quijote sigue siendo ese viejo decadente y loco, sus gestas se aprecian y proponen como modelo a seguir por su idealismo y buenas intenciones a pesar del predecible final desastroso: “No hay un hijo de España que no sea Quijote, / . . . / Destrozado y herido le hallarán en la vida, Pero no habrá una herida más ideal que su herida”(Martín de la Cámara 47, vv. 32-36). Ante la practicidad norteamericana, la espiritualidad española es parte del alma filipina y tiene el sino fatal del sacrificio cristiano. Podemos comparar la representación de España como Quijote, a las representaciones que hacían las élites criollas burguesas latinoamericanas tras la independencia, salvando las distancias. La visión de estos filipinos altoburgueses de la primera y segunda generaciones posteriores a la descolonización hispana es comparable a la representación de España como “Ariel” en la obra del uruguayo José Enrique Rodó. El crítico cubano Roberto Fernández de Retamar interpreta que José Enrique Rodó representa por medio de la reescritura de los personajes de Shakespeare en *The Tempest* la oposición civilización-herencia hispana (Ariel), frente a la barbarie-imperialismo yankee (Calibán) (Fernández de Retamar 19-81). En esta oposición, la figura latinoamericana de Ariel sería equivalente a la filipina de Don Quijote, mientras que su antagonista sería Calibán-Sancho. Ariel y Don Quijote representan la civilización del país, entendida como una continuación de la civilización del viejo mundo. Estados Unidos es entendido como la potencia centrada únicamente en la explotación de recursos y la aculturación, mientras que Ariel/Don Quijote encarna las características del colonizado inocente y sabio, a la vez que es depositario de la cultura europea burguesa.

Hay finalmente, en esta representación una insinuación de lo que veníamos anunciando en rasgos anteriores: la cultura hispánica, según la definición de cultura de Edward Said en *Cultura e imperialismo* como “archivo de lo mejor que cada sociedad haya conocido y pensado” (11) se ha asimilado a la filipina. Lo español se reivindicaría pues, no

como legado colonial, sino como parte de lo propio filipino, ya que ha pasado a ser algo distintivo de esta nación, convirtiéndose en fuente de identidad (Said 12). Por tanto, el uso de la lengua española una alternativa al uso lengua inglesa como impulso a la descolonización en el sentido de abandono de las prácticas y estructuras coloniales tras la salida de la potencia colonizadora (Ashcroft, Griffiths y Tiffin29).

Para concluir, hemos podido observar que en los 30 primeros años del siglo XX la actitud de muchos intelectuales era de acercamiento y restitución moral hacia España, dejando atrás rencores seculares, debido a la asimilación cultural de lo hispano como rasgo identitario unificador del país y distintivo frente al nuevo invasor y por la voluntad de ciertas élites burguesas de mantener una diferenciación, un estatus social distinguido de poder. Aunque es patente el deseo de independencia y se valoran los beneficios de la separación de España, se hace un esfuerzo por mantener viejos vínculos en un reconocimiento de lo que de español hay en la identidad filipina.

Notas

¹ Me refiero al poema “La lengua del terruño”, incluido en el volumen *Bajo los cocoteros* de 1911 de Claro M. Recto (6).

²A pesar de que como acertadamente indica Donoso en *Historia cultural de la lengua española en Filipinas*, hoy día no hay razón para identificar religión católica y lengua castellana en el archipiélago dados los múltiples contextos culturales y religiosos en los que se hace presente el idioma (por ejemplo, en el chabacano de los muchos musulmanes de Zamboanga), la fusión a la que me refiero se da en la imaginación de los poetas, que al definir a España como parte de lo filipino, destacan las dos herencias principales que dejó, en su opinión, la nación: la lengua y la religión. Esto se da a pesar de que dicha identificación pueda ser cuestionable, como una vez más hace Donoso al recordar que muchos frailes fueron reticentes a enseñar el castellano, mientras que los masones independentistas usaban esta lengua en sus artículos y entre ellos (*Historia cultural* 346).

Bibliografía

- Abad, Gémino. *A Native Clearing: Filipino Poetry and Verse from English Since the '50s to the Present: Edith L. Tiempo to Cirilo F. Bautista*. Quezon City: University of the Philippines, 1993. Impreso.
- Apóstol, Cecilio. *Pentélicas*. Manila: Hispanofilipina. 1950. Impreso
- Ashcroft, Bill Gareth Griffiths, and Helen Tiffin. *The Empire Writes Back*. Londres: Routledge, 2002. Impreso.
- Balmori, Jesús. *Mi casa de nipa*. Manila: Manila Gráfica. 1941. Impreso.
- Bernabé, Manuel. *Cantos del Trópico*. Manila: The San Juan Press. 1929. Impreso.
- Calilung, Jose G. y Edith R. Soriano. *Easy Lessons in Nacionalismo. Español 4N (Selected Writings)*. Navotas: Navotas, 1981. Impreso.
- De la Peña, Wytan. "The Spanish-English Language 'War'". *Linguae et Litterae*. IV-V (2000): 6-28. Impreso.
- Donoso, Isaac. "Crónica de Filipinas en la poesía de Zoilo Hilario". *Kritica Kultura* 20 (2013): 205–31. Internet.
- . ed. *Historia cultural de la lengua española en Filipinas. Ayer y hoy*. Madrid: Verbum. Impreso.
- Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Abraxas. 1973. Impreso.
- Fernández Lumba, Enrique. *Hispanofilia filipina*. S.l., s.n. 1984. Impreso.
- Fernández de Retamar, Roberto. "Calibán". *Todo Caliban*. Buenos Aires: Clacso, 2004. *Biblioteca Virtual Clacso*. Web. 5 de abril de 2014. 19-81. Impreso.
- Hilario, Zoilo. *Adelfas de la lira filipina*. Bacolor: Cornelio A. Palabán Byron. 1913. Impreso.
- García Castellón, Manuel. "Semblanza de Manuel Bernabé Hernández". *Revista Filipina*. Otoño 2013. Web. 4 de abril de 2014. Internet.
- Guerrero, Fernando María. *Aves y flores*. Manila: Fil-Hispanas. 1970. Impreso.
- . *Crisálidas*. 2ª Edición. Manila: Philippine Education Foundation. 1952. Impreso.
- Guerrero Zacarías, Evangelina. *Kaleidoscopio espiritual*. Quezón City. Phoenix. 1959. Impreso.
- Hall, Stuart, ed. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage, 1997. Impreso.
- Locson, Remigio S. *Florilegio Hispanofilipino*. Manila: Manlapaz. 1961. Impreso.
- Martín de la Cámara, Eduardo. *Parnaso Filipino. Antología de poetas del archipiélago magallánico*. Barcelona: Maucci, 1922. (Edición online de 2005). *Project Gutenberg*. Internet. 4 de abril de 2014.
- Monsod, Jean Auguste Dominique. "El recuerdo y la resistencia: Poética de Enrique Fernández Lumba". *Revista filipina*. XVI.3 (2012-2013). Internet.
- Palma, Rafael. *Voces de aliento*. Manila: Cultura filipina. 1914. Impreso.
- Recto, Claro M. *Bajo los cocoteros*. Manila: Manila Filatélica. 1911. Impreso.
- . *The Complete Works of Claro M. Recto. Centennial Edition*. Pasay City: Claro M. Recto Memorial Foundation. 1990. Impreso.
- Said, Edward. *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama. 1996. Impreso.